

## EL RECUERDO OLVIDADO

Apenas amanecía, y Carmen ya había empezado a barrer la vereda. Seguía nerviosa, el sueño que la inquietó pasada la medianoche, no dejaba de insistir en sus pensamientos. Todavía no había podido contarle a su marido que, fiel a las costumbres, preparaba las tostadas que compartiría en unos momentos

Se preguntaba, mientras veía cómo abría su negocio don Carlos, por qué habría soñado con esa persona tan lejana en su vida.

Por supuesto que no le podría contar, Fernando no sabría qué contestarle y tampoco le gustaría escuchar que Pedro aún estaba presente en sus sueños.

Había pasado tanto tiempo... En alguna tardecita gris y melancólica pensaba en él: ¿estará vivo?, ¿habrá tenido como ella muchos hijos?, ¿se habrá casado con la chica con que lo encontró? Y ahora, luego de ese sueño tan extraño, en que lo veía joven, sonriente y con su mirada de superioridad, sentía como aquella vez, un profundo dolor, una opresión pertinaz, que daba cuenta de algo aún no cerrado, de una cicatriz que parecía estar ya curada pero que al rozarla suavemente sangraba otra vez.

Se preguntaba por qué evocarlo a través de un sueño si últimamente ni lo recordaba.

Fue su primer amor, su primer beso, le había destruido el alma y dejado en la boca una sensación desconocida y amarga.

Era tan joven, tan limitada para discriminar las sensaciones y tan públicos los lugares de encuentro que no hubo espacio para profundizar las caricias y los abrazos furtivos.

Él era mayor, ya terminaba sus estudios de abogacía, ella una adolescente omnipotente que todavía cursaba el secundario. Leía lo que cayera en sus manos y buscaba palabras difíciles en el diccionario para intentar ponerse a su altura. Se sentía una princesa los sábados en el club, cuando bailaban apretados y sonreía dichosa, cuando le afirmaba que si se casaban sonaría la banda de Glenn Miller, con el tema "Serenata a la luz de la Luna" en vez de algún vals tradicional.

¡Qué antigüedad! Ahora quizá escuchaba más la música de sus hijos: Soda, Virus, Lebón, Fito, y otras melodías que la conmovían.

Cómo pudo pensar en un proyecto a largo plazo, ¿lo pensó conscientemente en realidad? Era demasiado inmadura para casarse y Pedro ya recibido debería volver a su ciudad de origen. Jamás habría resultado, pero eso lo veía ahora, en aquel momento se sentía hermosa, inteligente e ilustrada.

Fue un golpe no sólo al amor, sino también al amor propio, el pedestal se desplomó como si estuviera construido con arena.

Siguiendo la costumbre, le devolvió las cartas, los discos y todos sus regalos, no había perdón, menos todavía cuando su infidelidad había sido a la vista de amigos y de primas.

Suspirando, añorando lo que podría haber sido, intentaba adivinar qué le habría dicho, si tendría una excusa para ser perdonado o sólo la buscó una tarde para alejarse con la

conciencia tranquila. La quiso de verdad o fue nada más la niña altiva, superada, que lució en las matiné del club.

Eso fue todo, parece tonto, parece poco, pero fue lo que la marcó por bastante tiempo, la replegó en sí misma, le impidió salir y relacionarse con otros muchachos hasta que Fernando, que irradiaba seguridad, confianza, transparencia en su simplicidad, se transformó en su nuevo amor.

Calmo, seguro, cotidiano como las tostadas compartidas o los mates de la época estudiantil. De a poco, disolviendo sus prejuicios y aceptando sus miedos fue conquistándola. Y Carmen se sintió feliz de haberlo encontrado.

Por esto, ese sueño que la llevó a levantarse al alba, a barrer la vereda, para moverse y no molestar a los durmientes de la casa, era algo siniestro, algo que le señalaba lo extenso y desconocido de la memoria. Que podían introducirse en su mente personas, circunstancias o acontecimientos que hubiera preferido olvidar, sepultar para siempre en algún rincón oscuro, pero que todavía clamaban por un cierre, por un desprenderse o soltar de verdad.

Miró enfrente, don Carlos la saludaba asombrado de su presencia tan temprana en la calle y le devolvió un desabrido saludo.

Dicen que para enterarse de todo lo que ocurre, hay que ser como las vecinas que barren la vereda y comparten con las otras mujeres las novedades del barrio.

Ella, en vez de descubrir secretos ajenos, había encontrado sus propios secretos, y éste en particular le abrió un hueco en el pecho.